Conspiradores y aventureros en el siglo XVIII venezolano

¿Jesuítas o Pseudo-Jesuítas?

José del Rey, S. J.

El siglo XVIII se inició en las misiones llaneras con un gran trasiego de jesuítas y, como es natural, no faltaron los espíritus aventureros que se dejaron cautivar por el reto alucinante de la Orinoquia.

Pero en estas líneas no vamos a estudiar la tipología del misionero, explorador y aventurero, tan corriente en el "dieciocho"; queremos centrar nuestro estudio en una vertiente muy singular dentro de la Historia agitada e intensa de la segunda mitad del siglo de las luces.

Nunca sospechó la Compañía de Jesús que en sus Anales tendría que dedicar un capítulo a los conspiradores, guerrilleros y revolucionarios; pero la expulsión de 1767 y las circunstancias políticas y sociales crearon no sólo el clima, sino la exigencia para ello.

Y si después añadimos el influjo espurio ejercido por el mito, la leyenda y el confusionismo histórico, habrá que tomar una actitud cautelosa y crítica para poder precisar la veracidad de una etapa histórica cronológicamente bien definida, pero indefinida en la genuinidad de algunos de sus protagonistas. Queremos aclarar ante la investigación histórica venezolana que una serie de relevantes personajes del siglo XVIII no eran jesuítas, como se creía, sino pseudo-jesuítas.

I.—Eustaquio de Pablo

Muy enigmática se nos presenta la veracidad histórica de un personaje semi-legendario, a quien R. Majó Framis ha dedicado un largo capítulo en su libro **Vidas de los navegantes, conquistadores y colonizadores españoles de los siglos XV, XVII y XVIII** (1).

"¿Quién era aquel jesuíta, un jesuíta de fusil al hombro y de cabalgada, para fundar pueblos, arar provincias, extender ganados donde no los había, cobrar tributos... hacer en fin Estado, sin permiso siquiera del corregidor más cercano?" (p. 710)

La biografía de Eustaquio de Pablo no deja de ser apasionante. Es muy poco lo que conocemos de su etapa europea. Nacido en Alcalá del Río (Sevilla) en 1701, pronto pasó a estudiar a Salamanca; debió completar sus estudios en Amberes, donde recibió las Ordenes Sagradas en 1723. Un testimonio de su formación humanística lo constituye la traducción de la obra de Juan Vives **Capitulaciones filosóficas** (p. 697). Después de recorrer Francia, Italia, Alemania y Dinamarca regresó a España en 1730, al frisar los 30 años.

JOSE DEL REY, S. J.: Director de la Escuela de Letras y del Instituto de Investigaciones Históricas de la U.C.A.B.

En 1733 decidió embarcarse para América, al parecer rumbo a México. A los 40 días de navegación un huracán hizo naufragar las tres naves de la expedición frente al cabo Codera, y de esa forma su existencia se iba a vincular definitivamente a Venezuela.

Su efímera prisión a manos del régulo Guatire, cacique de los **guantas**, decidió de una vez para siempre la vocación aventurera de De Pablo. Después de haber logrado huir con tres compañeros, tomó la resolución en Cumaná de cambiar la sotana por el arcabuz y con 20 "trabuqueros" emprendió la venganza de las muertes ocasionadas por Guatire a cinco jornadas de Cumaná. Así se convirtió en "un raro jesuíta sin sotana y sin bendiciones y con frecuencia espada o cayado" (p. 725).

De esta suerte se inaugura la etapa verdaderamente aventurera, con sus fases fundacionales, con sus momentos de guerrillero y con la insaciable inquietud del descubridor y del colonizador.

Con todo, esta vertiente aventurera tiene una ruptura en 1740: durante un tiempo fue profesor de latín en el Seminario de Caracas, ciudad muy visitada por él mientras se mantuvo en el núcleo de la costa oriental (p. 711-712).

No podemos detallar su prolífera —resumimos a su biógrafo— acción fundacional, que se puede localizar en tres focos distintos: la costa barcelonesa, los Llanos y la Orinoquia orientales, y las bocas del Apure.

En la región de los guantas levantó dos colonias: Santa Lucía de la Florida y San Carlos de Carinicumo, y al parecer con una política colonizadora intensa y audaz. De estos tiempos data su obra **Formulario vegetal**, que al decir de Majó sirvió sobremanera a Humboldt (p. 711).

Tras su breve retiro en Caracas, el caudillo tenía ya sus seguidores, "mitad hueste militar y aventureros, mitad hueste laboral" (p. 719), y con ellos inicia la campaña de Oriente. Así funda Corozal en Trinidad, Tabasca en Monagas, San Esteban de Tucupido, Pedernales, Uracoa, Zinnara, Piacoa y Barrancas; incluso pone los fundamentos del castillo que domina el Delta (págs. 714-716).

Hacia 1752 sube hacia las bocas del Apure a trabajar con los guamos; mas los oficiales del gobernador de Guayana le exigen que regrese a la capital para entrevistarse con la máxima autoridad local.

El encuentro no fue muy cordial, pues tras una breve lucha de espadas cayó el gobernador muerto por la fuerza de De Pablo (p. 722). Conducido a Pampatar, sufrió la condena de 6 años de prisión, al cabo de los cuales regresó al Apure.

Es posible que las largas meditaciones carcelarias pacificasen los ímpetus revolucionariamente aventureros de este jesuíta aventurero. Lo cierto es que los diez últimos años de su vida transcurrieron en la más absoluta paz. Pero cuando se fue a llevar a cabo la expulsión de los jesuítas de los Llanos, De Pablo fue incluido en el Decreto. Mas su espíritu caballeresco no acató la ley; y "cuando lo tuvieron preso —concluye su biógrafo— un sayón apresurado... se le aproximó por la espalda y le asestó una cuchillada mortal" (p. 726).

¿Quién fue, en realidad, Eustaquio de Pablo? ¿Se trata de uno o de varios personajes que constituyen este "hombre representativo"? Para la concepción de Majó Framis, su libro es una prosa épica en la que la anécdota colabora a la meditación ensayista. Por otra parte, no aparece ese nombre en ninguno de los documentos directos o indirectos relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela; y su biógrafo no se libera de anacronismos y de afirmaciones no comprobables. Ojalá que algún día la investigación dilucide este caso.

II.—Francisco Javier Heller

Bastante confusionismo existe en torno a la figura del P. Francisco Javier Haller. Ignorado por la mayoría de las fuentes bibliográficas jesuíticas, hemos conocido su existencia por la documentación relativa a la Expedición de Límites de 1750.

Si nos fiamos de los datos —a veces, poco fidedignos— de Huonder, nació en Warasdin (Croacia) el 22 de diciembre de 1716 e ingresó en la Compañía de Jesús el 3 de noviembre de 1733 (2). Fue profesor de la Universidad de Göttingen y para poder trabajar en América tuvo que abandonar de noche y secretamente la ciudad (3). Su especialidad era la astronomía, pero tenía una gran inclinación a la botánica, cualidad que le hacía abrigar a Loefling la esperanza de contar en el futuro con un gran colaborador (4). Una vez en Sevilla fue contratado por el mariscal Alvarado para formar parte de la Expedición de Límites con el fin de que Haller sirviese de astrónomo y matemático y además para suavizar las tensiones que se preveían con los misioneros jesuítas orinoquenses (5). Pero, desgraciadamente, la muerte le sorprendió en la isla de Trinidad el 24 de junio de 1755 (6).

III.—José María Antepara

Muy oscuro el período pre-independentista en el que las sociedades secretas y las conspiraciones usaron y abusaron de los ex-jesuítas para sus fines (7).

No nos vamos a detener aquí en el estudio de una serie de personajes —posibles jesuítas— que mantuvieron contacto con Miranda entre 1780 y 1800, como, por ejemplo, José de Lugo, Francisco Vives, Rafael de Echáburu, Torremanzanar y Guerrero y José Pavía (8). Seleccionamos tres figuras que por diversos motivos están vinculadas a la historia venezolana y que además han sido considerados como jesuítas: José María Antepara, José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas.

El año 1809 ganó el general Miranda un magnífico colaborador en la persona del pseudojesuíta José María Antepara (9), primer biógrafo "formal" del Precursor de la Independencia y a su vez primer director de "El Colombiano", publicación fundada por Miranda en 1810 en Londres y dedicada a fomentar la independencia de los pueblos de América del Sur.

El 23 de agosto de 1809 escribía Cortés al general caraqueño: "He visto ayer a la persona que se llama Antepara de quien hablé a Ud.; por ahora parece que no se determina a ver a Ud. aunque desea el bien de su país: me ha prometido dar cuantas noticias y detalles pueda para que yo se las comunique a Ud. No haga ningún paso para ver a este hombre porque si yo no consigo el llevarle a U., ninguno lo conseguirá; él tiene negocios particulares desagradables que le hacen tener recelos, desconfianzas y un temple de carácter y disposición de espíritu que es necesario manejar; pero está decidido a obrar por su patria."

Algunos datos biográficos interesantes ofrece Antepara en su "Preface a su **South American Emancipation. Documents, Historical and Explanatory, shewing the Designs which have been in progress, and the Exertions made by General Miranda for the Attainment of that Object during the last twentyfive years** (London, 1810, by J. M. Antepara, a native of Gueyaquil). Este volumen ha constituido una de las fuentes mirandianas más importantes hasta la aparición del Archivo del Precursor en 1926.

Es difícil sintetizar una biografía incansablemente inquieta y viajera a través del nuevo y del viejo mundo. Si prescindimos de su viaje a Caracas acompañando al Libertador y a Pedro Leleux, podemos decir que su agitada existencia acaba por arraigarse en 1819 en Guayaquil, su ciudad natal. Allí conspira con otros guayaquileños ilustres;

con sus **Partes Rimados**, cargados de punzante humor, le hace la vida imposible al Gobernador, Don Juan Manuel de Mendiburu. Y en su amistad con tres venezolanos revolucionarios: León de Febres Cordero, Luis Urdaneta y Miguel de Letamendi, la conjuración vence su punto crítico. Pero la muerte le vino a sorprender en acto de servicio al Mariscal Sucre en 1821, en la batalla de Yaguachi.

La supuesta filiación a la Compañía de Jesús se debe a los biógrafos mirandinos Becerra, Robertson, Mancini y otros (10); pero tanto su vida como los documentos jesuíticos de la época ignoran cualquier jesuíta con tales características.

IV.—José del Pozo y Sucre Manuel José de Salas

Muy aceptable nos parece la tesis del infatigable colega D. Angel Grisanti en torno al origen y difusión de la "Leyenda jesuítica" sobre dos colaboradores signatarios del Convenio de París en 1797: José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas.

El origen indiscutible de la leyenda hay que ubicarlo en las cartas del Presidente John Adams al periodista Lloyd, editor del **Morning Adverting** de Boston en 1815, quien califica decididamente de jesuítas a estos dos interesantes personajes de la independencia (12).

Han sido los estudiosos de la Independencia quienes han creado la afirmación rotunda de que José del Pozo y Sucre había sido jesuíta y peruano, cuando en realidad se trata de un venezolano ilustre, ingeniero y militar.

Hijo de doña Isabel de Sucre y Trejo y don José del Pozo y Honesto, y nieto del que fuera Gobernador de Cumaná D. Carlos Sucre, debió nacer entre 1739 y 1742 en Caracas.

El 15 de abril de 1761 se presentaba Del Pozo y Sucre en Madrid como aspirante al cuerpo de artilleros. A partir de este momento su biografía mantiene el ritmo de una vida consagrada a la milicia: interviene en el sitio de Almeida en Portugal para reincorporarse más tarde en la Academia de Segovia a fin de continuar sus estudios. Tras una breve estancia en Orán ingresa en el cuerpo de ingenieros y trabaja primero en Sierra Morena y más tarde en Cataluña.

En 1776 inicia su etapa americana, en la que muy posiblemente tomó conciencia de las ideas independentistas. Después de servir en la expedición de Buenos Aires fue trasladado a La Habana en 1779, en donde tuvo ocasión de intervenir en favor de Miranda (14). Tres años más tarde toma parte en la expedición de Jamaica a las órdenes de Bernardo de Gálvez y en 1785 pasa a la isla de Trinidad como director de fortificaciones; su estancia en el nuevo mundo culmina en Caracas.

Pero el intervalo americano se interrumpe en 1789 y el militar caraqueño tiene que regresar a la península con el fin de hacerse cargo de la Academia Militar de Cádiz. Los azares de la Revolución Francesa condicionan unos años agitados de campaña militar tanto en tierras francesas como en los cuatro puntos cardinales de España. Y en 1810 se inicia la fase difícil y amarga de su biografía. Removido de los cargos militares, su pluma se rebeló enérgica a través de los periódicos gaditanos **El Conciso** y el **Redactor General**; pero el 20 de julio de 1812 era sentenciado y trasladado al Castillo de San Sebastián y de allí al de Santa Catalina el 9 de agosto.

En 1817 se encontraba sin empleo, enfermo y sostenido por amigos generosos. Murió en Cádiz el 2 de diciembre de 1819.

Muy escasas son las noticias que podemos ofrecer sobre el pseudojesuíta Manuel José de Salas, para cuya biografía habría que recurrir a la literatura bibliográfica chilena y muy especialmente al estudio que Amunátegui dedica a don Manuel de Salas.

Intervino en 1797 como uno de los hombres decisivos del Acta de París y, como parece demostrar D. Angel Grisanti, pertenecía a una ilustre familia colonial.

Un personaje clave en la interpretación de la actitud independentista de la familia Salas lo constituye don José Perfecto de Salas, abuelo de nuestro biografiado, quien había conseguido en las aulas jesuíticas la laurea doctoral. Aunque acompañó al virrey Amat y Junient y la amistad se perpetuó durante años, más tarde cayó en desgracia y a los 82 años recibió orden del gobierno peninsular para trasladarse a Cádiz, pero la muerte le sorprendió tras tramontar los Andes. Esta injusta inconsideración acabó por colmar el "resentimiento" de los Salas frente a la monarquía española, y de ahí el sentido unísono de la trayectoria política familiar (15).

También el padre del firmante del Acta de París desarrolló un papel importante tanto en la cultura como en la política chilenas, como lo demuestran su influjo en la educación y su presencia como consejero de O'Higgins, Martínez Rozas, Infante, Larrain, etc.

De Manuel José podemos añadir que contrajo matrimonio con una hermana de Diego Portales, el "recio y corajudo Dictador de la Araucania".

Este proceso revisionista debe alcanzar no sólo a los hombres, sino también a algunos conceptos y concepciones históricas que han asumido entre nosotros la categoría de definitivos.

NOTAS

(1) El tomo III: "Colonizadores y Fundadores de Indias", corresponde a Aguilar, Madrid (1954), 694-726.
NOTA: Para no multiplicar las citas incluiremos entre comas la página a que corresponde en Majó Framis la nota crítica.

(2) Huonder. — Deutsche Jesuitenmissionäre des 17 und 18 Jahrhuderts. Freiburg 1899), 125.

(3) Stig Ryden.—Pedro Loefling en Venezuela. Madrid (1957), 73. (Cita una carta de Loefling: Jardín Botánico (Madrid). Archivo, 1ª División, n. 2 y 3.)

(4) Stig Ryden.—O. c., 98-99.
Cfr. 1ª carta de Loefling a Linneo. Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Tomo V: Homenaje a Linneo y Memoria 1ª. Madrid (1907), 132.

(5) Demetrio Ramos.—El Tratado de Límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco. Madrid (1946), 57.
(Cfr. Archivo General de Simancas. Estado. Leg. 7375, fol. 5. Leg. 7376, fol. 80.)

(6) Demetrio Ramos.—O. c., 174.

(7) Miguel Batllori.—El Abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuítas en la independencia de Hispanoamérica. Caracas (1953), 75-94.
—El mito de la intervención de los jesuítas en la independencia hispanoamericana. En "Razón y Fe" (Madrid, 1952), 507-519.
Lautico García.—Francisco de Miranda y "lo" jesuítico. En "Sic", n. 302 (Caracas, 1968), 80-83.
Angel Grisanto.—Miranda, precursor del Congreso de Panamá y del Panamericanismo. Caracas (1954), 122-125.

(8) Archivo del General Miranda. XIII y XVII.
Batllori.—El Abate Viscardo, 113-114.

(9) Angel Grisanti.—José María Antepara, primer biógrafo del General Miranda, no era jesuíta. En "El Universal", Nº 15.740 (Caracas, 1953), 21 de marzo.

(10) William R. Robertson.—The Life of Miranda. Chapel Hill (1929), cap. XVII.

(11) Grisanti.—Miranda, pp. 126-133.
Al ser interrogado Miranda el 14 de marzo de 1801 sobre las personas que se proponía utilizar para la ejecución de sus planes, responde: "Je voulais exécuter moi-même et me servir de deux ex-jesuites americains du Perou"; pero esta referencia podría también aplicarse a Viscardo y Godoy.

(12) Ricardo Becerra.—Vida de Francisco Miranda, cap. II.

(13) Como estudio básico y fundamental nos remitimos al libro de D. Angel Grisanti. Miranda, pp. 8697.
Cfr. J. Mancini, Bolívar et l'emancipation des colonies espagnoles des origines à 1815. París, 1912.
C. K. Webster.—Britain and the Independence of Latin America, 1812-1830. Selected Documents from the F. O. Archives. London, N. Y. Toronto, Oxford, 1938.
W. W. Kaufmann.—British Policy and the Independence of L. A., Yale, 1951.

(14) Archivo del General Miranda, V, 703.

(15) Ricardo Donoso.—Un letrado del siglo XVIII: el Dr. José Perfecto de Salas. Buenos Aires, 1963, 2 volúmenes.